

Reseñas

IVONNE SZASZ PIANTA, *Migración temporal en Malinalco: La agricultura de subsistencia en tiempos de crisis*, México, El Colegio de México (Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano)-El Colegio Mexiquense, 1993, 199 páginas.

Entre las muchas carencias que acumularon los campesinos mexicanos en la década de los ochenta, no fue la menor la ausencia de investigaciones sociales que dieran cuenta de la manera en que la sociedad rural se las arreglaba para sobrevivir frente a unas condiciones agrarias y agropecuarias que, todos lo decían, eran cada día más precarias. Pero como todo campesino sabe, alguna vez debía llover en su milpa. Éste fue el caso de los pobladores de San Martín y Noxtepec, las dos localidades mexiquenses escogidas por Ivonne Szasz para realizar su investigación, en este caso, de índole demográfica, realizada en el segundo lustro de la década (1986-1988). Este solo hecho convierte al estudio de Szasz en uno de los escasos ejemplos de investigación llevados a cabo sobre un segmento pequeño pero ilustrativo de esos personajes rústicos que en los años ochenta, a pesar de todo, seguían ligados a la tierra y a los quehaceres agropecuarios.

Esta perseverancia representaba tanto un desafío cotidiano para esos campesinos que habitaban “la zona rural más deprimida del Estado de México, que rodea a la capital del país” (p. 160) como una incógnita para el estudio de Szasz. La “persistencia de un entorno campesino atrasado en las cercanías de la metrópoli” (p. 12) era, sin duda, un importante y novedoso tema de análisis. De allí que uno de los objetivos centrales del trabajo haya sido conocer la manera en que se reproducían “las unidades domésticas agrícolas en un contexto específico de la zona central del país y qué papel desempeñan las migraciones temporales en esa reproducción” (p. 27). Una hipótesis preliminar de Szasz era que la migración temporal a la gran ciudad, fenómeno que se había incrementando en los últimos años, podía ser el mecanismo que permitía el arraigo de la población a su terruño.

La investigación, convertida en libro, se estructura en doce apartados: una breve introducción, seis capítulos con abundantes cuadros, conclusiones, un anexo de cuadros generales sobre el Estado de México y Malinalco (el municipio de la investigación), bibliografía y un índice de cuadros. En total, casi 200 páginas (199, para ser exactos) de fácil lectura y convincente información, que se originó sobre todo en los datos provenientes de una encuesta sociodemográfica

y de morbilidad aplicada en octubre-noviembre de 1987 en San Martín y Noxtepec, complementada con entrevistas a familias de una y otra localidades, recorridos, observación, información estadística e histórica. En estos tiempos tan visuales, la elaboración de algunos mapas, para lo cual se prestan muy bien los materiales, habría afinado ideas y aligerado descripciones, pero cada disciplina prefiere sus lenguajes.

El primer capítulo (pp. 15-32) se divide en dos partes. La primera sitúa el tema de estudio en el contexto de las discusiones teóricas más amplias sobre la migración rural, ese componente central de la migración interna que sacudió a toda la sociedad latinoamericana desde los años cuarenta. El lector encontrará aquí un recorrido sucinto pero bien hecho de las nociones y concepciones de la investigación demográfica y sociológica acerca del tema. Si bien, como muestra la autora, la migración rural-urbana definitiva fue la más estudiada, la bibliografía dio cuenta también de la existencia de migraciones temporales, así como de su carácter y sus consecuencias. En general, la migración rural urbana definitiva se asoció con los procesos de proletarianización y urbanización en las grandes metrópolis en tanto que las temporales tenían que ver con “la persistencia del campesinado y la reproducción de fuerza de trabajo asalariada eventual” (p. 11).

Al revisar la bibliografía específica sobre su tema, Szasz descubre que la migración temporal ha sido estudiada desde dos perspectivas. Por una parte, desde el punto de vista del papel que desempeña ese tipo de migración en relación con “las necesidades del capital y de las modalidades que adquiere la formación de fuerza de trabajo asalariada” (p. 20). Por la otra parte, desde el punto de vista de las “estrategias de reproducción social de las unidades domésticas campesinas” (pp. 21-23), enfoque que busca conocer el “comportamiento de los trabajadores y de sus familias a partir de su condición de actores sociales y no únicamente de las ventajas de su comportamiento para las clases dominantes” (p. 21).

Ubicada más cerca de esta última perspectiva, Szasz ha preferido hacer el análisis de la migración temporal, entendido como un mecanismo específico de “miembros de las familias campesinas” y la manera en que esto contribuye “a la reproducción de las familias” (p. 23), sin olvidar, desde luego, que el comportamiento de la familia campesina debe ser entendido como una respuesta actual y vigente a las condiciones socioeconómicas de hoy (p. 24). Se trató entonces de “establecer las vinculaciones entre las migraciones de personas pertenecientes a las unidades domésticas (que emigran sin abandonar sus vínculos con el hogar) y la capacidad de las familias de productores agrícolas de permanecer como tales en las áreas de origen en condiciones sociales adversas” (p. 27). De acuerdo con lo anterior, la investigación se centró en el análisis de los procesos reproductivos de los grupos domésticos (p. 12) en dos localidades de Malinalco.

En la segunda parte del capítulo se alude precisamente al contexto regional de la migración. En el Estado de México Szasz descubre y describe una paradoja que puede dar lugar a nuevos estudios y enriquecedoras discusiones en torno al campesinado: en los municipios rurales más cercanos a la ciudad de México existe y se incrementa una población campesina que produce “con base

en la organización familiar sin que se haya presentado con la misma intensidad el proceso de separación de la tierra ocurrido en las otras entidades del centro (p. 30). Población que, dadas las condiciones precarias del empleo urbano, no puede incorporarse de tiempo completo al mercado de trabajo de la ciudad. De este modo, en las goteras de la capital, y quizá de otras metrópolis del país, ha crecido un mundo peculiar de pobladores que combinan “una mezcla de producción agrícola para el autoabasto y para el mercado, con formas de trabajo asalariado en las áreas rurales empobrecidas” (p. 30).

Con base en esa constatación y a partir de fuentes censales, la autora dedica el segundo capítulo (pp. 33-57) a situar espacial y económicamente su lugar de estudio en el contexto del intenso pero desigual proceso de cambio que ha vivido el Estado de México; entidad que “revirtió sus características de zona agrícola con predominio de población rural [...] y se transformó en un área con supremacía de las actividades industriales y de servicios y con una población mayoritariamente urbana” (p. 41). Cambio importante que se concentró en el área más cercana a la capital del país y dejó fuera de sus beneficios a gran parte del resto del estado. Éste ha sido el caso de las comunidades estudiadas, que se ubican en Malinalco, un municipio considerado de bajo desarrollo en la entidad (p. 43), donde predominan los quehaceres “agropecuarios, rurales y expulsores de población” (p. 52).

Esta entrada a la región le permite dedicar el capítulo tercero (pp. 59-80) a la descripción y el análisis histórico-geográfico y social de Malinalco, ubicado en el “sur de la parte occidental del estado, colindante con Morelos y cercano a Guerrero” donde habitaban casi 14 000 habitantes que compartían y se repartían 20 000 hectáreas, en su mayoría de carácter ejidal. El análisis pormenorizado de la trayectoria histórica local permite constatar la existencia de una antigua y persistente tradición de combinación de actividades —cultivo de la tierra y trabajo asalariado— entre los habitantes de la microrregión (p. 63). Al mismo tiempo, llama la atención otro fenómeno que reivindica la necesidad de tomar en cuenta la existencia de regiones que atraviesan los límites estatales: allí, en Malinalco los vínculos económicos cruciales se establecen no tanto con Toluca, su capital, sino con Tenancingo, en el estado de Morelos, con la ciudad de México, el santuario de Chalma y Estados Unidos (p. 66).

Pero la preocupación analítica de la autora no estaba tanto en los mercados de trabajo. Consecuente con su interés en el análisis comparativo a partir de condiciones agropecuarias distintas y contrastantes, seleccionó al barrio de San Martín, en la cabecera de Malinalco, una antigua comunidad indígena semiurbanizada donde había 242 jefes de familia, predominaba el carácter campesino de sus pobladores y había relativamente buenas condiciones para la producción agrícola, existían buenas comunicaciones y en más de la mitad de los hogares se practicaba la emigración temporal (p. 74). La otra localidad escogida fue Noxtepec de Zaragoza, un pueblo campesino reciente de escasa población (80 jefes de familia), empujado en tierras cerriles temporaleras, donde sus pobladores carecían de servicios urbanos básicos, las comunicaciones con el exterior eran escasas y en la mayor parte de los hogares se recurría a la migración laboral (p. 78).

El estudio detallado de las familias campesinas se basó en una encuesta a 140 hogares, cuyos resultados se empiezan a dar a conocer desde el capítulo cuarto (pp. 81-114). Allí se presenta información acerca de las condiciones de vida en cada una de las comunidades y, a partir de la combinación del quehacer agrícola con otras actividades, se definen diferentes tipos de hogares. A partir de esa clasificación, que tiene el mérito de haber sido elaborada considerando las condiciones específicas de cada localidad, se busca establecer las relaciones entre migración temporal y actividad agrícola familiar, otros indicadores socio-demográficos (consumo urbano, actividad de los jefes de familia, otros activos en el hogar), la composición demográfica de los grupos domésticos. Respecto a esta última, el tipo de familia y la etapa de evolución del ciclo familiar parecen ser, en ambos casos, elementos clave de la diferenciación de oportunidades y actividades en las familias campesinas.

El capítulo quinto (pp. 115-130), aunque breve, es una especie de vestíbulo para introducirnos y centrar el grupo de estudio: los migrantes temporales, entendidos como aquellos “que emigraron temporalmente una o más veces en el año anterior a la entrevista” (p. 114). Tanto en éste como en el capítulo sexto (pp. 131-155) la autora revisa de manera acuciosa y detallada el papel de la migración temporal en unidades domésticas de distinto tipo en las dos localidades. Ambos capítulos son referencia obligada para nuevos estudios sobre la dinámica laboral de la familia campesina. A pesar del mosaico de situaciones posibles, llaman la atención las formas del acceso a la tierra y al quehacer agrícola que predominan en la actualidad. Como documenta Szasz, el acceso a una parcela para sembrar parece depender cada vez menos del mecanismo de la herencia y más del dinero y de la existencia de abundante mano de obra familiar (pp. 165-166). Al mismo tiempo, la actividad agrícola, aunque crucial para enfrentar los vaivenes de los mercados de trabajo, los imponderables agropecuarios y las crisis generales que no nos faltan, requiere, cada vez más de dinero que proviene de otras actividades, dentro o fuera de las comunidades. El crédito, ese viejísimo y nunca resuelto problema del campo, ahora “privatizado” en estrategias familiares múltiples, opera como un eficaz mecanismo de desigualdad social en la sociedad rural.

En las conclusiones (pp. 159-169) la autora hace explícita la comparación entre las familias de San Martín y Noxtepec, una tarea que había quedado pendiente de los capítulos anteriores. Con base en esa comparación, surge la conclusión que redefine la hipótesis original acerca del papel de la migración temporal en la reproducción campesina. De este modo, Ivonne Szasz elabora un argumento central: la sobrevivencia campesina de hoy día se basa no tanto en la combinación agricultura-migración laboral, sino en la variedad de quehaceres y la multiplicidad de ingresos de cada familia. Desde esta perspectiva, la existencia de la migración laboral parece estar en función de las características del mercado local de trabajo. Lo que resulta imprescindible en cualquier caso es la necesidad de cada miembro de la familia de trabajar y obtener ingresos. La evidencia de este trabajo cuestiona la visión exclusivamente agropecuaria de los quehaceres de la gente del campo y, por lo mismo, la naturaleza puramente agrícola o pecuaria con que se suelen concebir las soluciones rurales.

Erigir y sostener una política rural en esos términos resulta francamente obsoleto y de resultados previsiblemente limitados. El empleo no solamente agropecuario es una demanda crucial de los campesinos de hoy.

Frente a la tenaza que aprisiona a esos campesinos de las goteras de la gran ciudad —incosteabilidad de cultivos y eventualidad del empleo urbano— un factor que sigue siendo clave, dice Szasz, es la conveniencia de tener muchos hijos, ese asunto tan espinoso de la agenda demográfico-política de las últimas décadas. De hecho, dice la autora, los cambios económicos recientes sugieren que ese tipo de familia campesina con ingresos múltiples y actividades cambiantes forma parte de la reproducción de mano de obra flexible que requiere el modelo económico vigente.

Desafortunadamente, el libro ha dejado de lado el estudio pormenorizado de los mercados de trabajo en que se mueven y circulan los campesinos de San Martín y Noxtepec. Es claro que la autora ha procurado eludir el análisis que hace hincapié en la demanda de fuerza de trabajo, pero una profundización del asunto, quizá en las conclusiones, habría ayudado a ver y entender mejor las viejas y nuevas oportunidades, pero quizá también segmentaciones del mercado laboral rural en la región. La alusión a diferentes tipos de trabajo en Chalma parece formar parte, como en otros santuarios populares similares, de tradiciones y añosas relaciones entre esa ciudad religiosa-comercial y su microrregión, que valdría la pena haber explorado, sobre todo cuando Chalma apareció como el segundo destino de trabajo temporal (después de la ciudad de México) para los habitantes de San Martín y Noxtepec. La alusión a que “casi todas las mujeres que declararon trabajar o haber trabajado fuera de San Martín lo han hecho vendiendo tortillas o fruta en Chalma” (p. 75) hace pensar en la existencia de un mercado de trabajo específico para la mujer. El desarrollo del turismo de fin de semana en Malinalco también permite imaginar nuevos sistemas de trabajo para la población local, quizá sobre todo femenina. Algo así debe suceder cuando Szasz afirma lo que parece ser un cambio importante en la microrregión: “la generalidad del trabajo remunerado femenino en las familias nucleares jóvenes” (p. 165).

En este mismo sentido, la referencia a mercados de trabajo en Estados Unidos ha dejado de lado un aspecto crucial: la temporalidad del fenómeno o, dicho de otro modo, la antigüedad o novedad de ese tipo de migración en la microrregión. Hoy sabemos que no es lo mismo la migración rural a Estados Unidos que se inició a principios de siglo en algunos estados del país, que la migración que se desencadenó en nuevas regiones a partir de los años ochenta. En la versión actual del libro resulta difícil conocer el origen y la dinámica de ese proceso así como el perfil de los migrantes. Habría que preguntarse, por ejemplo, si no existe una especie de binomio laboral Chalma-Estados Unidos que puede representar una forma de segmentación genérica de los mercados laborales: trabajo femenino en Chalma y trabajo masculino en Estados Unidos.

Seguramente éstas serán algunas de las novedades que nos ofrecerá Ivonne Szasz en sus próximos trabajos. Por lo pronto, *Migración laboral en Malinalco* es un libro ejemplar, que todo interesado en el campo y la investigación sociodemográfica debe leer, por la calidad de sus materiales de campo y la

sensibilidad de su autora para captar esos cambios familiares que en su dinámica de cada día modifican regiones y nociones.

PATRICIA ARIAS

JANET TOWNSEND, ÚRSULA ARREVILLAGA MATÍAS, SOCORRO CANCINO CÓRDOBA, SILVANA PACHECO BONFIL, ELIA PÉREZ NASSER, *Voces femeninas de las selvas*, México, Centro de Estudios del Desarrollo Rural-Colegio de Postgraduados en Ciencias Agrícolas (CP)-Universidad de Durham, Inglaterra, 1994, 286 páginas.

Uno de los métodos antropológicos que resulta especialmente atractivo y útil para dar notoriedad a las mujeres es el de la historia oral, tanto de individuos como de grupos, pues recoge aquellos aspectos que de otra manera no serían tenidos en cuenta. El panorama que se propone en este libro es, además, sonoro, porque las voces de las mujeres se escuchan en varios de los capítulos.

Algunos trabajos referidos a las experiencias de las mujeres, contadas por ellas mismas en América Latina, serían los de Margaret Randall (1970) en *Mujeres en la Revolución y Todas estamos despiertas* (1984) referidos a las mujeres nicaragüenses; los de Moema Viezzer, *Si me permiten hablar* (1980); Carola Carvajal, *Donde quiera que me paro soy yo. Autobiografía de una jaramillista. Paula Batalla* (1988); Alejandra Massolo, *Estamos aquí para que recuerden. Doña Jovita, un testimonio* (s.f.). Ésta es una pequeña muestra del importante acervo que existe sobre las experiencias de las mujeres, pues cada vez ha ido en aumento el interés por conocer y oír estas voces que a veces susurran y, a veces, hablan fuerte.

Las autoras emplean la teoría de género y la de investigación-acción para analizar el discurso de las mujeres que entrevistaron, y por ello se considera al individuo como sujeto activo, pensante y crítico. Sus dichos y hechos son valorados y tenidos en cuenta para escuchar los problemas y atender a las soluciones propuestas por los mismos afectados. Con esta premisa se inició el trabajo de investigación colectiva interesado en conocer la cotidianidad de las mujeres y hombres involucrados en procesos de colonización en zonas selváticas de México, concretamente en Chiapas, Veracruz, Tabasco y Campeche. El trabajo se realizó durante 1990 y 1991, antes de los cambios a la Constitución sobre el artículo 27. Las instituciones involucradas en este proyecto fueron El Colegio de Michoacán, la Universidad de Durham (Inglaterra) y El Colegio de Posgraduados, este último en la fase de publicación.

Varios fueron los objetivos que animaron a la realización de la investigación. Por un lado, conocer lo que significa ser mujer en estas nuevas comunidades, cuáles son sus problemas y cuáles son las soluciones que proponen las mismas interesadas; por otro lado, dar a conocer estas experiencias no sólo a un público académico, sino también a lectores relacionados con las asociaciones civiles, funcionarios del gobierno, promotoras rurales, extensionistas y planifi-

cadores. Es decir, a todos aquellos interesados en los problemas del agro mexicano y, concretamente, en el trabajo de género en el ámbito rural. El último objetivo relacionado con lo anterior, es sugerir nuevos sistemas de gestión donde se tomen en cuenta las necesidades de las mujeres, destacando las posibilidades de desarrollo de estas regiones ecológicas del trópico húmedo hacia la sustentabilidad.

La metodología empleada incluyó entrevistas de profundidad, historias de vida de 28 mujeres, entrevistas grupales, talleres organizados con las mujeres y consulta de bibliografía publicada. Se visitaron diez comunidades, si bien en el libro se reflejan ocho como estudios de caso. En Veracruz las comunidades elegidas fueron de la zona de Los Tuxtlas; en Chiapas de la de selva Lacandona; en Tabasco se seleccionó población incluida en el Plan Balancán-Tenosique, y por último, en Campeche se visitaron Naranjales, Escárcega, Tacaná y Champotón.

La estructura del libro obedece a la lógica de considerar inicialmente los aspectos generales para posteriormente acercarse a los más concretos. Consta de diferentes apartados y subapartados que giran en torno a la problemática que enfrentan los colonos en las zonas selváticas México. En realidad el eje conductor del libro es la dialéctica entre los problemas que enfrentan estos pobladores y las soluciones que proponen, tanto ellos mismos como otras instituciones. Así, en la introducción se presenta un panorama de la situación, analizando las características ecológicas de este tipo de tierras, las razones para la colonización, la manera en que se llevó a cabo el proceso (con apoyo del gobierno, o sin él), las condiciones de vida en estos nuevos asentamientos, el papel desempeñado por las mujeres, los aspectos relacionados con la tenencia de la tierra, el cambio en el uso de la misma y la repercusión de la crisis económica, así como los problemas específicos de las mujeres en los asentamientos, tanto en el aspecto económico, como en el social y político. Este panorama se complementa con la situación de otros países del mundo que han colonizado zonas selváticas.

En general, se observa que las tierras del bosque tropical húmedo pierden fertilidad al darles una utilización agrícola y que, dado que este terreno no es suficientemente productivo, se utiliza para pastizal destruyendo el ecosistema. Este problema se agrava por el hecho de que no se han desarrollado tecnologías adecuadas para la agricultura en zonas de selva y, por ello, una fórmula para obtener mayor rendimiento productivo fue introducir la ganadería extensiva que ha devastado aún más el terreno, y ha disminuido la oferta de fuentes de empleo para los colonos. Esto ha generado el cambio de los pobladores a otras zonas de selva para cultivar según el sistema de tala, quema y roza, o bien la salida de mano de obra masculina y femenina hacia centros urbanos en busca de mejores opciones de empleo.

En el aspecto social, se han considerado las condiciones de vida de las y los colonos en el momento de su llegada a los nuevos terrenos y los logros que paulatinamente han alcanzado para mejorar la situación. Primero los hombres llegaban solos, luego sus familias, que se iban acomodando en construcciones poco sólidas a merced de las inclemencias climáticas y faunísticas. La mordedura de víbora o las picaduras de insectos provocaron muertes de adultos y

niños, siendo estos últimos los más afectados por el problema de las infecciones. Los puestos de salud, la atención médica y la adquisición de medicinas se dificultaba, pues estos asentamientos se encontraban a un día de distancia o más de la población más cercana. La vida cotidiana es difícil, pues en algunos de estos asentamientos no cuentan con luz eléctrica, agua, combustible procesado, letrinas, drenaje, etcétera.

El equipo de investigadoras se interesó por conocer la vida de las colonas en las comunidades que visitaron, dando cuenta del estado general de la población y específicamente de las mujeres. La percepción de las informantes acerca de su situación, los problemas que identifican y las posibles soluciones que proponen son denominadores comunes que guiaron las entrevistas y los talleres. En el plano económico se destaca la falta de trabajo para hombres y mujeres; si bien en varias comunidades existen unidades agroindustriales para la mujer, éstas carecen de organización, de recursos, de capacitación en asuntos contables y en dinámica de trabajo de grupo, además de que en numerosos casos, el control de las ganancias es ejercido por una o dos socias únicamente. A esta situación se deben añadir los conflictos en la comunidad y en las familias, pues se dan casos de maltrato, violencia doméstica y alcoholismo por parte de los hombres.

En el capítulo 2 se inician los estudios de caso, que continúan hasta los capítulos 5 y 7. Cabe señalar que la estructura de éstos es muy completa, pues incluye una introducción a la zona donde se retoma la historia de la colonización de la misma, ofreciendo un contexto político y económico de su situación. Continúa con una aproximación al ambiente natural y la economía, pasando después a la consideración de la división sexual del trabajo en cada capítulo. Posteriormente la investigación se centra en el ámbito específico de cada comunidad; describe el número de hectáreas que abarca la población, su economía, trabajo, servicios y grupos organizados de mujeres.

De esta generalidad, se pasa a otro ámbito más concreto en el que se presenta la historia de vida de una mujer de alguna de las comunidades del estado en cuestión. En este apartado se expresan con su propia voz las mujeres de las selvas, el relato se inicia con una presentación de cada informante y se conduce su testimonio mediante preguntas.

En el capítulo 2, dedicado a Los Tuxtlas, Veracruz, se asienta que la colonización se inició en 1935, impulsada por el presidente Miguel Alemán, quien se percató del fácil acceso a esta zona desde el centro del país. Como consecuencia, en los años cincuenta fueron creadas cerca de 223 localidades habitadas por contingentes poblacionales emigrados de distintas partes de México. En esta zona se habían conservado selvas vírgenes con suelos muy fértiles de origen volcánico; sin embargo fueron sometidas a un proceso de erosión y degradación por las actividades agropecuarias de los pobladores, quienes por el incremento de la ganadería fueron perdiendo paulatinamente las habilidades agroforestales que habían desarrollado en los primeros momentos.

Las comunidades visitadas por el equipo de investigación fueron: el ejido La Corregidora, la colonia Santa Juana Inés y el ejido Plan de Ayala.

Las mujeres en las tres comunidades participaron desde pequeñas, en las

labores agrícolas y domésticas, sin contar con el acceso a la educación por falta de este servicio. El matrimonio suele celebrarse cuando ella tiene entre 13 y 17 años, predominando el civil, si bien antes de dar este paso, es usual que la pareja viva un tiempo junta antes de casarse. El número de hijos ha variado de seis a trece entre las primeras colonias, y de dos a cinco hijos entre las jóvenes. En lo relativo a métodos anticonceptivos, las informantes dijeron conocer los condones, las píldoras, las inyecciones y la salpingoclasia; utilizan las plantas medicinales para dolencias como las producidas por la menstruación. La actividad de las mujeres se ve regida por ciertas normas que dan preferencia a la decisión de los varones al respecto; por ejemplo, necesitan el permiso del marido para salir de la comunidad, para visitar a familiares y, aun para asistir a las ceremonias religiosas. Relataron casos de mujeres golpeadas por el esposo, relacionados con el estado de embriaguez de los hombres. En el aspecto de los ingresos, algunas salen a trabajar como jornaleras temporales, o bien se dedican a vender productos alimenticios, como refrescos, cosméticos, plásticos, y realizan servicios domésticos, especialmente las viudas, solteras o abandonadas.

En el capítulo 3, dedicado a la Selva Lacandona, región de Palenque, se presentan las condiciones y principales problemas por los que atraviesan sus habitantes, como el latifundismo, la pobreza extrema, la carencia de servicios y la explotación de la población india. En esta zona, el gobierno donó terrenos nacionales a algunas solicitantes de tierras, contribuyendo con ello al deterioro de las reservas ecológicas, caracterizadas por un clima tropical húmedo extremo de selva alta perennifolia. La cultura del maíz y el frijol fue sustituida por pastos para crianza de ganado de engorda. Las comunidades visitadas por el equipo fueron el ejido La Planada y el ejido El Arroyo. Estas colonias cuentan con servicios y buen acceso terrestre, y pueden ser consideradas como prósperas, pese a que los problemas agrarios no están resueltos y son frecuentes los conflictos por las tierras dentro del mismo ejido. Los problemas que enfrentan las mujeres son, entre otros, el alto índice de alcoholismo masculino y la violencia doméstica.

El capítulo 4 se centra en un programa de colonización en gran escala organizado por el Estado. Es uno de los pocos que han surgido de la iniciativa gubernamental, por lo que resulta interesante conocer resultados. Se trata del Plan Balancán-Tenosique, en Tabasco, y fue iniciado en 1972 con el objetivo de dedicar los terrenos a la ganadería y no a la agricultura. Localizado en la frontera con Guatemala, fue diseñado atendiendo principalmente a razones estratégicas, y menos a razones económicas o sociales. Se consiguieron buenos rendimientos en ganado semiestabulado que dio una producción alta en leche y carne. Se trata de ejidos prósperos, si bien la colonización planeada no cumplió con todos los objetivos, especialmente con el más importante: lograr la producción intensiva de ganado y proteger las selvas vírgenes. Las parcelas están lejos del lugar de la vivienda, y el sitio está sujeto a inundaciones, lo que dificulta la vida cotidiana. Las colonias visitadas fueron el ejido La Villa y el ejido El Tulipán. Respecto a las mujeres, es habitual que se casen entre los 14 y 17 años; tienen un promedio de seis a ocho hijos, si bien el número de familiares

puede aumentar por la práctica de “encargar” a niñas o niños a otras unidades domésticas para que se hagan cargo de ellos en el caso de que los padres naturales no puedan. Por ejemplo, se menciona el “regalo” de una nieta a la abuela para que la cuide; la muchacha sirve para ayudar en las labores domésticas y como compañía. En numerosas ocasiones estas muchachas son maltratadas y explotadas por esas familias.

¡Ah! hijitas, ¿ahora qué voy a hacer con ustedes?, y, entonces, mi abuelita con un bastón llevó a mi hermana con un señor que se llama Juan Torres, ahí llevó a la más grandecita, y a mi hermanita Lupita en otra casa y a mí me entregó con otros señores pero ahí me trataban muy mal. (Martina, *El Tulipán*, p. 156).

El alcoholismo y la violencia doméstica también están presentes, muchas mujeres son golpeadas o tratadas con agresividad, ocasionada principalmente por el alcoholismo. Un factor que no se encontró en otras zonas, al menos de manera explícita, fue la queja de las mujeres del ejido de La Villa acerca de la prostitución y promiscuidad que existe tanto entre las mujeres casadas como en las solteras, incluso de 13 a 16 años “sin importarles el estado civil de los clientes, lo que afecta a las mujeres económica y emocionalmente” (p. 157). Obviamente la queja era de las mujeres cuyos maridos contrataban los servicios de las prostitutas, resultando interesante comprobar que el enfado no era contra los maridos, sino contra las trabajadoras del sexo. En ambos ejidos existen organizaciones de mujeres en torno de la UAIM, así como del DIF, que les otorgó créditos a la palabra para cultivar sus parcelas.

En el capítulo 5 se expone la situación de los ejidos Tacaná, Naranjales e Independencia, de Campeche. Estos ejidos se sitúan en una región muy diferente a las anteriores, pues se caracteriza por ser seca, carente de agua, marginal y con escaso éxito en la producción agrícola. Es una zona apartada que no ha contado con apoyo estatal ni con inversiones privadas. No tiene carretera que sirva para sacar sus productos ni tampoco servicios, incluido el de agua potable. El grado de pobreza es mayor que en las otras zonas.

Fue fundada por pobladores de diferentes estados del país, lo que dificulta compartir una misma identidad cultural y se refleja, entre otros ejemplos, en la falta de acuerdos comunes durante las asambleas ejidales. Se margina a la población indígena que se asienta en el lugar; existe un problema de adaptación al medio, especialmente de las mujeres que vivieron con anterioridad en la ciudad, pues deben adaptarse a las actividades comunes en el campo, como moler nixtamal, tortear, acarrear agua y cocinar en fogón. Los tres ejidos contrastan en cuanto a condiciones de vida; por ejemplo, Tacaná es pobre y está apartado; las mujeres que viven aquí son introvertidas y tienen dificultad para expresar lo que piensan de sí mismas; reciben fuerte influencia de la religión, especialmente en lo relativo a la planificación familiar. En esta comunidad el número de hijos varía entre cinco y nueve, y se desconocen los métodos anticonceptivos para evitar este crecimiento poblacional. La edad en que llegan al matrimonio fluctúa entre los 12 y 15 años.

Naranjales e Independencia quedan sobre la carretera principal; las muje-

res llevan una vida semiurbana, se visitan entre ellas y es frecuente que viajen a Escárcega. La edad en que contraen matrimonio es también muy prematura, entre 13 y 15 años, con la esperanza de que su situación económica y familiar mejore. Conocen los métodos anticonceptivos y los usan, si bien hay algunas que no lo hacen por temor a enfermarse o a tener consecuencias secundarias. El número de hijos entre las madres jóvenes oscila entre tres y cinco, y en las parejas mayores entre 6 y 12. Naranjales tiene parcelas de 100 hectáreas y la mayoría de los ejidatarios viven en Escárcega.

Guadalupe es la única mujer indígena que se incluye en el libro precisamente de esta zona, Tacaná-Campeche. Las autoras señalaron al principio que, debido a la dificultad del idioma y a que la utilización de traductores podía modificar la información, optaron por no entrevistar a mujeres indígenas. Sin embargo, en el capítulo 7 se expone la historia de la vida de Guadalupe, hablante de tzotzil bilingüe. En este caso, su relato contrasta con el de las demás mujeres, pues durante su vida ha sufrido los problemas por los que pasan todos los colonos y además ha experimentado la discriminación y el prejuicio hacia ella y sus acciones. Sin embargo, supo salir adelante y desarrollar su actividad de partera.

A sus cuarenta y cuatro años, Guadalupe se precia de ser una mujer anciana y sabia. Aun cuando padece agudamente los efectos de la menopausia y delata su gran cansancio físico, debido a su recorrido de 42 kilómetros a pie para trabajar en la milpa, acarreando agua y trabajando como partera (p. 252).

El capítulo que considero si no el más importante, quizás el más novedoso en comparación con la mayoría de los libros que abordan la problemática social, es el 6, dedicado a las conclusiones. Efectivamente, en numerosos estudios sociológicos y antropológicos que han utilizado la historia de vida para acotar alguna problemática concreta, es habitual hacer una exposición de los casos y un análisis académico para finalizar con las conclusiones. Sin embargo, en este libro cabe destacar el interés de las autoras por buscar opciones y soluciones a los problemas detectados en la investigación. Recordemos que éste era uno de los objetivos expuestos al inicio del libro y queda retomado en este apartado. Este capítulo se subdivide en los siguientes subapartados: Resultados en las comunidades; recomendaciones; los puntos de vista de las colonias, las opiniones del equipo, propuestas de acción inmediata: 1) de la comunidad, 2) de los grupos de mujeres en la comunidad, 3) de las promotoras, 4) de las asociaciones civiles, 5) acciones por intereses comerciales, 6) acciones del Estado y, por último, se apuntan algunas acciones necesarias en el ámbito nacional.

Un aspecto teórico metodológico que quisiera destacar es el especial cuidado de las autoras por no forzar los resultados para hacerlos acordes con un planteamiento *a priori*. Es decir, los datos pueden mostrar contradicciones con una hipótesis inicial y no por eso el investigador omite lo que no coincide con su teoría y destaca lo que le da la razón. En esta ocasión no ocurre esto, las autoras reconocen que “con frecuencia las prioridades de las mujeres no concuerdan con las que nosotras escogimos para ellas” (p. 234), pero no por ello se

dejan de tomar en cuenta. Las mujeres expresaron su preocupación por tener mejores ingresos en todas las comunidades y que se implantaran nuevas formas de empleo, como plantas empacadoras, trabajo domiciliario y subcontratación, lo cual supone mayor explotación que beneficios, pero “muchas de ellas perciben esa explotación como una verdadera oportunidad” (p. 235).

Por ello, “a pesar de la diversidad y diferencia entre estas mujeres, éste es un momento en que están ávidas por actuar y organizarse y en el que los hombres, desesperadamente concientes de la necesidad de más empleo y servicios públicos, las apoyan” (p. 235). La conclusión a la que llegan las autoras es que los proyectos consideran a las mujeres como un recurso, el más barato, y como la opción más eficiente para lograr los objetivos propuestos para la comunidad, pero no específicamente para las mujeres. Esta consideración no visualiza a las mujeres como beneficiarias del cambio, sino como un instrumento mediante el cual éste se da, aunque no les permita a ellas adquirir más autonomía o tomar mejores decisiones sobre sus vidas.

En la parte práctica se incluyen diferentes propuestas para la acción: desde la comunidad, desde los grupos de mujeres y desde las promotoras. Respecto a este último grupo, recomiendan que se incremente el número de promotoras mejor capacitadas para que puedan dar apoyo a proyectos no tradicionales en busca de ingresos, así como ayuda para identificar los problemas (partiendo del hecho de ser mujeres) y para desarrollar soluciones locales para afrontarlos; entre éstos estarían los referentes a educación sexual. Para fomentar el interés comercial apuntan que sería útil recuperar los usos anteriores con los que se conseguía una agricultura sostenible basada en los huertos caseros, pues éstos podían producir fruta, plantas medicinales, leña, forraje para animales, gomas, maderas, etc., para el mercado nacional e internacional.

La acción del Estado debe implicar la modificación del punto de vista de diversas dependencias, como la municipalidad, el DIF, el INEA, la Secretaría de Salud Pública, la Secretaría de la Reforma Agraria y la de Agricultura, en el sentido de hacer más efectivas sus medidas y modificarlas tratando de mejorar los intereses de los campesinos. Estas alternativas abarcan aspectos tanto de índole inmediata, como el tema del alcoholismo y la violencia doméstica, como de más largo plazo, como el derecho de las mujeres a la propiedad de la tierra, apoyos legales y de inversión, reformas al código civil, y a la constitución, etcétera.

Considero que algunas de estas propuestas pueden considerarse muy generales, sin embargo son un esfuerzo por ir señalando la diversa gama de problemas que enfrentan los colonos, y concretamente las mujeres, en estas zonas. La ventaja de exponer alternativas de solución estriba en que el lector puede opinar y discutir al respecto, buscando entre todas mejores condiciones para la existencia de mujeres y hombres y, en definitiva, del ser humano.

FRANCISCO ZAPATA, *El sindicalismo mexicano frente a la reestructuración*, México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, 1995.¹

El sindicalismo mexicano es un tema que ha sido abordado por diversos estudiosos de las ciencias sociales. Desde la perspectiva teórica y metodológica de sus respectivas disciplinas, historiadores, juristas, politólogos, antropólogos sociales y sociólogos, lo han incluido entre sus análisis. Sin embargo, a diferencia de otros temas, el del movimiento sindical no ha sido de su exclusivo dominio. Dirigentes sindicales y militantes de diversos partidos y organizaciones obreras se encargaron de sacarlo de las aulas y los cubículos para incluirlo como parte de su quehacer.

No obstante el caudal de libros, artículos, ensayos, ponencias y tesis escritos sobre este movimiento en México, todavía hay mucho por decir. Por ejemplo, hacen falta obras que den al lector una visión de conjunto de la problemática en cuestión, tanto de sus antecedentes históricos como de la situación en la cual se encuentra en el presente. Sobre todo porque hoy día, los obreros enfrentan condiciones y desafíos que rompen violentamente con la ruta histórica que habían seguido las instituciones que los cobijaban.

El sindicalismo mexicano frente a la reestructuración cumple con creces la anterior ausencia. Su lectura, junto con la lista de trabajos escritos por Francisco Zapata, nos ayuda a comprender la problemática en que se encuentran los obreros de México en particular, y los de América Latina en general. Su aparición es por demás oportuna. Los datos aportados resultan valiosos para comprender la compleja realidad en que se debate el movimiento sindical gestado en el país durante la primera mitad del siglo que concluye y el papel que desempeñan, el proceso de ajuste y la reestructuración económica. Sin embargo, no por ello se debe pensar que ya esté dicho todo sobre tan intrincada cuestión.

El propósito del autor en este texto es analizar el impacto del proceso y de la reestructuración mencionados sobre el sindicalismo mexicano. De acuerdo con su visión de la problemática, tal impacto ocurre entre 1983 y 1987, y la reestructuración en el periodo que va de 1988 hasta 1994, año en el que concluye su estudio. Como estrategia metodológica, Zapata recurre al concepto de "transición" y al análisis cronológico. Por medio de esa categoría ilustra el paso experimentado por México de un modelo basado en la expansión del mercado interno y predominio del capital nacional a otro caracterizado por el privilegio del mercado internacional y el capital extranjero. Cronológicamente nos lleva a los antecedentes y las características que adquirió el fenómeno en estudio.

¹ Esta obra, como su mismo autor menciona, es producto del programa de investigación comparativa denominado "Crisis, ajuste y cambio social en América Latina y África", realizado en 1993 bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social.

Mediante un corte analítico más preciso del fenómeno, el autor identifica cuatro transformaciones ocurridas en el país a partir de ese pasaje. Éstas son: la apertura del mercado internacional, los cambios en la estructura del mercado internacional, la privatización de las empresas estatales y la ofensiva antisindical. Como corolario, igualmente detecta que la implementación de estas transformaciones ocasionó diferentes impactos. Los cambios en los mercados de trabajo, las modificaciones en el marco institucional y en la legislación laboral, las características de las políticas laborales de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, la trayectoria de los conflictos laborales, la recomposición en las relaciones entre el régimen corporativo y el sindicalismo y los cambios en la conciencia obrera fueron, a juicio del autor, las formas en que se expresó dicho impacto.

Antes de comentar con mayor precisión el libro de Francisco Zapata, quisiera señalar que el tema en él subyacente, en mi opinión, es la recomposición del aparato estatal, siendo el poder el elemento en torno al cual giran los actores. De tal modo, el proceso de ajuste y la recomposición económica no son más que algunas de las formas en que se expresan esa recomposición y la lucha sostenida por diversas facciones del Estado, por una parte, para alcanzar y mantener el poder y, por la otra, desplazar al sindicalismo oficial en esta contienda. Esto implica el triunfo del nuevo modelo de desarrollo sobre aquel que construyó el Estado mexicano en la primera mitad de este siglo.

Además de la presentación, introducción, conclusión y un ensayo bibliográfico, la obra consta de seis capítulos, cuyos títulos, además de que revelan la estructura de la obra, sintetizan el contenido que se habrá de leer.

El primer capítulo es un recuento, a grandes rasgos, de la historia del sindicalismo en nuestro país. En ella los obreros de los sectores minero y textil conjuntamente con ferrocarrileros y petroleros aparecen como el cimiento sobre el cual se habría de conformar el sindicalismo en México.

Para Zapata la relación del movimiento obrero con el Estado, “la presencia del liderazgo sindical en los aparatos estatales de seguridad social y de servicios sociales a los trabajadores” y “el papel que los sindicatos oficiales han jugado en diversas coyunturas políticas como sostén del régimen” (p. 27), son algunas de las características que incidieron en la conformación del sindicalismo en México. En su opinión, tales factores marcan la diferencia entre este proceso y los que siguió el movimiento obrero en los distintos países de América Latina. Esta idea sobre la originalidad del movimiento obrero mexicano la sostiene el autor a lo largo del texto y para ejemplificarla aporta diferentes elementos en los capítulos subsiguientes.

Francisco Zapata inicia su segundo capítulo señalando que en el análisis emprendido es difícil abstraer el proceso seguido por el mercado de trabajo en México. De nueva cuenta recurre al uso del tiempo para explicar el comportamiento de este mercado. El periodo elegido es el que va de los años cuarenta a los noventa. Para los propósitos del estudio, primero enfoca su análisis hasta la década de los ochenta y posteriormente hasta 1991. Sin embargo, su tarea se extiende hasta 1994 al aportar algunos datos relativos a este año.

Durante las primeras cinco décadas, siguiendo las ideas contenidas en ese

capítulo, dicho mercado estuvo caracterizado por la presencia de un amplio sector de trabajadores rurales, el peso que le imprimía el sector agropecuario a este mercado, la incorporación de trabajadores de origen rural a la minería, industria, construcción y el crecimiento de la población empleada en el sector terciario. Todo esto teniendo como telón de fondo la industrialización en el esquema de la sustitución de importaciones.

Respecto al comportamiento del mercado de trabajo en el decenio 1982-1991, Zapata abre una línea de reflexión por demás sugerente, al señalar que el problema central está en la creciente informalización de la fuerza de trabajo y no en el desempleo. Lo cual se explica, según el autor, "por el desequilibrio entre la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo, por la disminución del peso relativo del empleo en las grandes empresas, que se ha estancado en los últimos diez años, por las nuevas formas de organización de la producción centradas en la flexibilización y en la subcontratación de tareas" (p. 63).

Un segundo elemento que define el perfil del mercado de trabajo en México en este periodo es el aumento constante de la fuerza de trabajo femenina en sectores como las maquiladoras, la burocracia pública o la industria manufacturera. El estancamiento del empleo público es el tercer elemento que el autor incluye en este perfil.

En cuanto a las remuneraciones, Francisco Zapata sostiene que el deterioro de los salarios mínimos, a causa de la inflación, provoca que la población sea excluida, cada día más, del consumo y de formas de vida decentes (*sic*). Lo cual ocasiona, a su vez, que el sindicalismo pierda militancia y combatividad. Para decirlo en otras palabras, la pérdida de poder por el sindicalismo ante las facciones del Estado que enfrenta.

El tercer capítulo está dedicado al análisis de la política laboral que el gobierno mexicano puso en práctica desde 1982 hasta 1994. En opinión del autor, esta política ha estado condicionada por la restructuración económica predominante en el país desde la década pasada y la crisis de la articulación entre el sindicalismo y el Estado. En este periodo, los sucesos más relevantes fueron la entrada de México al GATT (General Agreement on Trade and Tariffs) en 1986, la crisis de 1987-1988, la firma del Pacto de Solidaridad Económica y la firma del Tratado de Libre Comercio.

La Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) ha sido, de acuerdo con Zapata, un elemento importante de esta política. Por medio de las Juntas de Conciliación y Arbitraje, locales y federales, no sólo ha regulado la negociación entre trabajadores y patrones, sino que también ha impuesto severos topos salariales establecidos por el propio Estado. En este orden, los sindicatos se han visto impotentes para mantener sus prerrogativas, pero sobre todo, para negociar el establecimiento de los salarios mínimos y así detener su depreciación. Según cálculos del autor, éstos han sufrido un deterioro de 60% en los últimos ocho años comprendidos en su estudio.

Como resultado, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), en tanto órgano representativo de los trabajadores en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), ha perdido fuerza para intervenir en la designación de candidatos a puestos de elección popular tanto en el ámbito estatal como en el fede-

ral. No así la STPS, la cual —como muestra de su poder creciente— ha fortalecido y eliminado a otras organizaciones. Entre las primeras están la Confederación Regional de Obreros y Campesinos (CROC) y la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM); entre las segundas, la Confederación Obrera Mexicana (COR).

Zapata concluye este capítulo con un apartado sobre los conflictos de Cananea, Teléfonos de México, Cervecería Modelo y Volkswagen de México, ocurridos entre 1989 y 1992, para ilustrar la política laboral del Estado en el marco delimitado por la reestructuración económica y la crisis del sindicalismo y el papel de la STPS.

En el cuarto capítulo, Francisco Zapata señala que las características de las huelgas en México las hacen diferentes a las de otros países de América Latina. Sobre todo por la existencia del llamado “emplazamiento a huelga”, procedimiento que en la realidad más que un recurso legal es un instrumento de presión por parte de los trabajadores. Figura que resulta más efectiva que la propia huelga.

Otro elemento de esa originalidad es la relación entre el movimiento obrero y el Estado y el comportamiento que este movimiento ha tenido. En conjunto, estas ideas permiten al autor plantear la hipótesis de que “el uso del derecho a huelga ha estado más identificado con las coyunturas por las que ha atravesado esa relación que con las condiciones de vida de los trabajadores” (p. 97). Inclusive en algunos periodos existe una relación inversa entre la inflación y la frecuencia de huelgas en México. Por ejemplo, el que va de 1959 a 1964. Mediante esta hipótesis, el autor explica el comportamiento de los obreros y sus sindicatos ante las políticas de ajuste y reestructuración y cómo el Estado las pudo poner en práctica.

A fin de explicar este planteamiento, Zapata refiere cómo se dieron los conflictos laborales durante la industrialización por sustitución de importaciones en el sexenio de José López Portillo y el periodo que abarca los años de 1982 a 1992. En las últimas páginas del capítulo, el autor ofrece una relación de los conflictos laborales y hechos más relevantes vinculados con el mundo del trabajo ocurridos en México entre 1986 y 1992.

Aunque el quinto capítulo es el más breve de la obra, su contenido encierra un tema por demás importante para comprender el objetivo propuesto por el autor y la actuación de sus sujetos de estudio. Me refiero a la reforma a la Ley Federal del Trabajo. Siguiendo su lectura encontramos que este proyecto se inició a fines de 1987 y perseguía adecuar la legislación laboral vigente al nuevo modelo económico que habría de seguir el país. Intención que originó un intenso debate cuyos momentos más álgidos ocurrieron entre 1989 y 1992.

Con el propósito de hacer comprensible la trascendencia de dicha reforma y el debate desarrollado en torno a ella, Francisco Zapata nos ofrece sendos apartados en los que describe el marco institucional que rige las relaciones laborales en México y las propuestas hechas por la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), la CTM, el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), el Frente Auténtico del Trabajo (FAT) y el dirigente de los telefonistas Francisco Hernández Juárez. En el tercer apartado, el autor da las razones por

las que, a juicio suyo, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari pospuso esa reforma y su debate.

El último capítulo de la obra lo dedica el autor a reflexionar sobre la inserción del sindicalismo oficial en el sistema corporativo que caracteriza al Estado mexicano, situación que impide al primero tener autonomía frente al segundo. La hipótesis que orienta este capítulo sostiene que “los sindicatos, los empleadores y el Estado continúan interactuando dentro de la estructura que fue establecida en los años treinta, en particular durante el gobierno de Lázaro Cárdenas” (pp. 137-138). “Por lo cual —agrega el autor— la existencia del Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE), cuya primera versión fue firmada en diciembre de 1987, no cambia sustantivamente el carácter de la relación que esos actores han tenido entre sí y especialmente con el Estado” (p. 138).

Bajo estas premisas, el autor sostiene que la concertación a la que llegaron los firmantes de los sucesivos pactos es sólo una nueva expresión de la estructura corporativista vigente en el país desde el cardenismo. En ella, los sindicatos han llevado la peor parte, tanto porque son incapaces para hacer frente a la depauperización de los salarios, como por la pérdida del control que ejercían en los espacios laborales, pero más que nada porque han perdido el acceso a las instancias de decisión en el aparato estatal.

En esa expresión adoptada por el corporativismo, la concertación sigue dándose al más alto nivel. A diferencia de otros momentos de la historia del movimiento sindical en México, en los últimos años han surgido nuevas formas de sindicalismo. A éstas el autor las denomina “sindicalismo blanco”, “sindicalismo sin trabajadores” y “sindicalismo burocrático”. Para ejemplificar sus características recurre a los casos de la empresa Hojalata y Lámina (Hylsa), las maquiladoras del norte y de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE). Al referirse al primer tipo de sindicatos advierte la aparición, desde hace varias décadas —los años setenta— de formas de representación de los trabajadores estrechamente vinculadas a las autoridades laborales y empresariales o a organizaciones sindicales de tipo confesional.

Otra característica muy importante que asigna Francisco Zapata al nuevo corporativismo es la relativa al discurso oficial. En éste, los diferentes pactos y los éxitos obtenidos en cada uno, aparecen como logros de los trabajadores y no como parte de las políticas estatales. Cobijadas por esta imagen, las centrales obreras se abrogan esos logros como resultado de su eficacia, en tanto que el Estado prefiere preservar la alianza política con éstas en vez de reclamar su autoría.

Zapata termina este capítulo preguntando “¿hasta qué punto esa estructura es representativa de lo que desean los ciudadanos? [...] ¿cómo hacer una democratización en ese contexto político?” (p. 154).

En sus conclusiones generales mantiene su estrategia metodológica del uso del tiempo para reflexionar sobre algunos aspectos específicos de lo dicho en su obra. En estos términos establece dos tipos de consideraciones. Una vincula-la con el corto plazo y otra con el mediano y largo plazos.

Aunque en el texto no se explica, se puede pensar que entre el primer tipo

se incluyen —a causa de la puesta en marcha del nuevo modelo de desarrollo— la incorporación de los cambios desencadenados en la economía, la sociedad y el sistema político de México a la vocación sindicalista de los trabajadores mexicanos. Esto es así, pues como apunta el autor, de ella se desprenden los retos vinculados con el mediano y largo plazos. Es decir, la creación de nuevas formas organizacionales de los trabajadores; la vinculación entre productividad, flexibilización y mejoramiento de sus condiciones de vida y la renovación del discurso ideológico del sindicalismo.

El libro aquí reseñado termina con un ensayo bibliográfico en el que Francisco Zapata da cuenta de la literatura utilizada en cada capítulo y de aquella relacionada con los sectores de la economía mexicana incluidos en el proceso de reestructuración que se lleva a cabo en el país.

En suma, las hipótesis e ideas planteadas por Francisco Zapata Schaffeld a lo largo de su texto, así como sus conclusiones finales, son invitaciones para releer la historia del movimiento obrero en México y sugerir nuevas interpretaciones al respecto. O bien, pueden tomarse como provocaciones para discutir-las junto con los recursos metodológicos empleados en el análisis propuesto.

El juego intersubjetivo que establecen las centrales obreras y el Estado como parte del manejo del discurso oficial resultante del nuevo corporativismo, la respuesta a las preguntas finales del capítulo sexto y los retos apuntados en las conclusiones generales son algunas de las líneas de reflexión más interesantes que sugiere la lectura de *El sindicalismo mexicano frente a la reestructuración*.

LUIS A. VÁRGUEZ PASOS

RUY MAURO MARINI Y MÁRGARA MILLÁN (coords.), *La teoría social latinoamericana. Los orígenes*, Tomo I, México, Ediciones el Caballito, 1994.

El presente libro es la primera entrega de un proyecto que se muestra ambicioso: hacer un recorrido crítico por las principales reflexiones que, desde los años veinte, han contribuido a la lenta y constante construcción de una teoría social latinoamericana. El tiempo que desea abarcar llega a los actuales momentos de cambio en paradigmas y temáticas. Es decir, casi un siglo de historia.

La compilación es el producto de las ponencias presentadas en el Seminario Interno Permanente del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, el mismo que ha sido concebido, en palabras de Ruy Mauro Marini, “como un espacio de reflexión sobre los problemas del conocimiento referido a América Latina” (Presentación).

Este primer tomo está destinado a lo que los compiladores llaman el pensamiento crítico. Como señalé, empieza en los años veinte porque, dice Mauro Marini, “implican, para América Latina, cambios en todos los planos de la vida

social” (p. 32), y se concluye en los años cincuenta, en los que las ciencias sociales (sociología, economía e historia) se institucionalizan y se emparentan con el marxismo, produciendo trabajos de alta calidad teórica y metodológica, abriendo nuevos surcos en la interpretación de la realidad latinoamericana.

El intento es sugerente, puesto que trata de recuperar algo que de alguna manera se había perdido en nuestros países: la autoreflexión, el preguntarse sobre qué es hoy América Latina. En ese sentido, la oportunidad del libro es innegable.

La entrega está dividida en tres grandes capítulos. El primero se titula “Las grandes hipótesis” y se compone de tres artículos. El de Raquel Sosa Elízaga se centra en la publicación del periodista cubano Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, de 1927, compuesto por un conjunto de artículos aparecidos en el *Diario de la Marina*.

Entre los temas que aborda Guerra destaca el de los recursos naturales, advirtiendo que la nación no se podría construir definitivamente si se seguía dependiendo de un solo producto, la caña de azúcar. Si a ello, agrega Sosa Elízaga, se suma la dependencia del mercado internacional, las condiciones geográficas y climáticas, y los embargos, tendremos una visión de conjunto para que uno pueda explicarse en un marco global el “drama cubano”.

Fabiola Escárzaga se dedica a la presentación del libro mayor del socialista peruano, José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de 1928. Más allá de algunos datos erróneos menores y del apretado resumen del mencionado libro, me interesa destacar dos cosas.

Por un lado, el hincapié que hace la autora en la importancia que tuvo en Mariátegui su experiencia como periodista, profesión a la que arribó desde los escalones más bajos del oficio: de alcanzarrejones a columnista y luego corresponsal desde el extranjero, llegando incluso a ser presidente del gremio.

Por otro, la importancia que concede a la formación de Mariátegui antes de su viaje a Europa, a una especie de exilio becado por el gobierno de Leguía, del cual se había manifestado como un tenaz opositor. Ambas pistas son ricas para entender en su totalidad a un pensador que ha sido mutilado o distorsionado por sus herederos ideológicos.

Finalmente, sólo queda decir que uno extraña el hecho de que no exista referencia alguna a las obras de Alberto Flores Galindo, uno de los más destacados mariatególogos peruanos de los años recientes.

Contemporáneo de Mariátegui, su amigo de los inicios y feroz adversario en los años finales de la década de los veinte, Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), también es objeto de análisis. Éste corre a cargo de Jorge Turner, por medio de la presentación del libro fundamental del dirigente aprista, *El antiimperialismo y el APRA*, de 1935.

Evidentemente, Haya fue el político más característico del Perú del presente siglo, y su influencia se irradiaba a gran parte del continente, especialmente con la formación de diversos partidos socialdemócratas nacionales.

Interesa llamar la atención en una idea que señala el autor, que incluso en el Perú fue difícil de asimilar: que tanto el aprismo como el socialismo, que

Haya como Mariátegui, son partes de un mismo campo popular, que ambos tienen proyectos de transformación de la sociedad peruana. Hoy, cuando la crisis de los partidos en el Perú es tan evidente y dramática, muchos miran atrás y se comienzan a preguntar cómo hubiera sido la historia si las relaciones entre socialistas y apristas hubieran tenido distinta orientación, donde prevaleciera las alianzas y se apaciguaran los enfrentamientos.

El segundo capítulo que compone el libro se llama "Los estudios historiográficos", y lo conforman cuatro artículos. El primero, de Enrique Rajchenberg S., analiza a cinco historiadores mexicanos que el autor califica de protomarxistas y que surgen después de la triunfante revolución mexicana: Luis Chávez Orozco, Agustín Cue Cánovas, José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre.

La hipótesis central de este artículo es que estos historiadores, a pesar de imponerse la tarea de escribir la historia de una manera diferente a la tradicional, cayeron en el mismo error: la exaltación del héroe, la concepción heroica de la historia.

No obstante, a pesar del esquematismo, simplismo, carencia de fuentes de primera mano y escasa información, todos estos historiadores, pertenecientes a la escuela socialista, son integrantes de la historiografía mexicana y, por ello, parte de la tradición cultural de este país.

Norma de los Ríos M. se preocupa por la obra del historiador brasileño Caio Prado Jr., *Historia económica del Brasil*, de 1945. Un hecho peculiar de este historiador es que, perteneciendo a las familias oligárquicas dominantes de aquel país, se identificó plenamente con los intereses del movimiento obrero, del que quiso ser su intelectual orgánico. Prado Jr. ostentó un nacionalismo profundo, y fue consciente de la necesidad de constituir un Estado-nación fuerte y unificado.

Otro historiador, esta vez argentino, Sergio Bagú, merece la atención de Mágina Millán, especialmente sobre su obra *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, de 1949.

Un interés central en la obra del historiador argentino es el de entender a América Latina como un todo dentro de la economía internacional, como una estructura en movimiento.

En sus textos se puede percibir una original y prometedora combinación del pensamiento marxista con un intento que se emparenta con la historia de las mentalidades, aunque sin tener noticia de la labor de Marc Bloch y de los *Annales*. Fue por ello un intelectual imaginativo y fundador.

Como señala Millán, el trabajo de Bagú constituye un anticipo para el desarrollo posterior de las ideas cepalinas y de la teoría de la dependencia.

Por su parte, Rafael Sagredo Baeza se encarga de ofrecernos una visión clara y sucinta de Julio César Jobet, perteneciente a la primera generación de historiadores marxistas chilenos. A partir del análisis de su obra más importante, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, de 1951, Sagredo reconstruye tanto la trayectoria personal del autor como la del propio país.

Jobet fue fundador del Partido Socialista Chileno y activo militante. Su

método de análisis fue el marxismo y su obra constituyó uno de los primeros esfuerzos por leer la realidad propia desde el mirador marxista, en otras palabras, por crear un marxismo local.

Esta adhesión ideológica nos debe hacer aquilatar mejor el hecho de que en sus últimos momentos reivindicara lo que en la mayor parte de su vida menospreciara. La terrible dictadura impuesta en 1973 lo llevó a valorar la democracia formal que aquélla interrumpió.

El tercer y último capítulo se titula "Las propuestas políticas". Se inicia con el artículo de Sergio Bagú sobre Silvio Frondizi. Éste, militante desde joven, fue uno de los intelectuales marxistas más brillantes de aquel país. Fue abogado de profesión y profesor por vocación.

Bagú señala que Frondizi puede ser considerado un marxista ortodoxo, lo cual es explicable en gran parte por el encierro cultural que vivió su país. Pero además, advierte que su ortodoxia fue de diferente índole a la del Partido Comunista, más pegado a manuales y directivas del centro comunista internacional. La ortodoxia de Frondizi, por el contrario, se sustentaba en una amplia información doctrinaria y un profundo conocimiento de la problemática contemporánea.

Lucio Oliver Costilla nos ofrece una visión vital del intelectual mexicano central, José Revueltas, a partir de su texto *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, publicado en 1962.

Hombre apasionado, su vida como militante del Partido Comunista fue intensa y llena de vaivenes. Ingresó a dicho partido en 1928, a los 14 años de edad; es expulsado en los años cuarenta, vuelve en 1955.

Revueltas, dice Oliver Costilla, consideraba que no bastaba que el partido fuera sólo vanguardia ideológica, necesitaba ser también vanguardia política y estar ligado de manera orgánica a la clase obrera. Más tarde, en los años setenta, Revueltas terminó cuestionando el papel que él mismo había atribuido al marxismo, al proletariado y a los partidos comunistas.

Finalmente, el libro se cierra con el artículo de Mario Trujillo Bolio, quien echa una mirada retrospectiva sobre Pablo González Casanova y su libro *La democracia en México*, de 1965, considerado como un estudio pionero sobre el sistema político mexicano.

En dicho libro, González Casanova señala que en México, después de la Revolución, no se ha podido constituir una democracia al estilo de los modelos clásicos. Por el contrario, señala, lo que se ha implantado es un partido de gobierno dentro de un sistema donde el Ejecutivo cobra una preeminencia decisiva, y en el que se ha impedido la formación de un sistema de partidos representativo.

Muchas de las cuestiones que analiza González Casanova cobran actualidad en momentos en que el sistema mexicano afronta graves problemas para transitar hacia un régimen político más abierto y plural.

En este brevísimo repaso por el contenido de los diversos artículos hay algo sobre lo que es preciso llamar la atención: la preocupación en prácticamente todos los colaboradores de unir las ideas de los intelectuales tratados con sus biografías personales y el contexto histórico preciso que les tocó vivir. Y es

importante porque este tratamiento puede colaborar para dar un impulso a la construcción de una sociología crítica de intelectuales latinoamericana, poco desarrollada en nuestros países. Es un reto que queda en pie.

Una pregunta que surge al leer este libro es: ¿por qué empezar con el pensamiento crítico, al cual también podemos denominar radical, y cuyos orígenes se pueden encontrar a partir de la segunda década del presente siglo? La pregunta resulta pertinente porque es evidente que existe un pensamiento previo en nuestros países que se preocupó por la especificidad de América Latina.

Es más, es bueno recordar también que tal nombre, América Latina, es un producto claro de la hegemonía francesa en nuestros países, entre mediados y finales del siglo XIX, es decir, antes de la aparición del pensamiento crítico, según el libro que venimos comentando.

La cultura francesa, identificada con los grandes valores, se convirtió en el referente de toda aquella sociedad que se preciara de ser parte de la historia espiritual del mundo. En otras palabras, denominarla de tal modo era una expresión de la búsqueda de nuestra distintividad.

La latinidad, empero, produjo sus consecuencias. La especificidad de nuestros países trató de ser hallada en las raíces profundas de su historia, en la psicología de sus hombres, en la forma de su geografía. Surgen así formas de nombrar a cada formación estatal-cultural: cubanidad, peruanidad, argentinidad, etc. En términos de aquellos años, era la búsqueda del alma nacional, de aquella entelequia que uno estaba seguro que existía pero que no sabía con exactitud dónde.

Como consecuencia umbilical de ello, aparecerán después, dentro del pensamiento radical, intentos de llamar de otra forma, alternativa a la latina, a nuestro subcontinente: Indoamérica, Amerindia. A la criollización de las oligarquías se empeñaba en sucederle un proyecto mestizo, mesocrático, popular: la raza cósmica, el nuevo indio fueron algunos de los nuevos nombres que aparecían para dar cuenta de la especificidad latinoamericana.

Lo que quiero enfatizar es que desde finales del siglo pasado hasta los años treinta del siglo XX, aproximadamente, estuvo sobre la mesa de discusión un conjunto de problemas más o menos comunes, como por ejemplo, el de la identidad, el de encontrar nuestras fuentes culturales, nuestra ubicación en el panorama mundial, la urgencia de construir estados nacionales sólidos, etcétera.

No resulta relevante en este propósito de construir o redescubrir una tradición teórica latinoamericana, la respuesta que le dieron a cada uno de estos asuntos, sino el hecho de que fueron intelectuales que afrontaron dilemas similares. Si aceptamos este punto de partida quizás podamos encontrar mejor la ubicación del pensamiento crítico o radical en nuestros países.

Si hacemos un recorrido por la historia continental encontraremos que han habido básicamente dos momentos en los que la pregunta por nuestra identidad ha sido la ordenadora de las reflexiones intelectuales.

Primero, en los años turbulentos que desencadenaron la independencia de la metrópoli española. La cuestión prioritaria era indagar por el régimen político que queríamos construir. Segundo, los años que van desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del actual. En éstos la preocupación es qué somos.

Obviamente, no quisiera dejar la impresión de que en otras épocas no hayan existido intelectuales preocupados por nuestro devenir; sólo deseo subrayar que en los momentos mencionados la preocupación se volvió algo general, colectivo, a flor de piel.

Es justamente en el segundo momento donde se ubican los intelectuales que son objeto de atención de los artículos que componen el libro y que ya he reseñado. Si vemos la evolución de las ideas en nuestros países podremos apreciar el proceso como uno de continuidad y ruptura simultáneas, donde se rompen ciertas claves interpretativas, se transforman otras y se mantienen algunas.

Por mencionar casos que pueden ejemplificar mejor lo dicho afirmaré que ni Mariátegui ni Haya de la Torre son inteligibles sin Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y José de la Riva Agüero. De igual modo, a Caio Prado no se le entiende sin Euclides da Cunha; a Ramiro Guerra sin José Martí; a Sergio Bagú y Silvio Frondizzi sin José Ingenieros o Manuel Ugarte; a los intelectuales mexicanos postrevolucionarios sin los intelectuales del porfiriato, y así podríamos continuar rescatando las tradiciones nacionales de cada uno de los intelectuales tratados en el libro.

Dentro del propósito mencionado líneas arriba, esto es, el de ejercer la autorreflexión, es que es posible descubrir autores y temas soslayados, además de los mencionados, como Alcides Arguedas, Octavio Bunge y muchos otros que también se preguntaron por los fondos de la historia latinoamericana, por la psicología del hombre americano. Si queremos tomar distancia de nosotros mismos, tomar conciencia de nuestra situación y ejercer una acción creadora, es imprescindible recuperar todo el cúmulo de discusión que ya existe sobre nuestro derrotero social, cultural y político.

Dentro de dicho propósito, es poco relevante el carácter de las soluciones que se hayan dado a las interrogantes y problemas señalados, a condición, claro, de leerlas críticamente, sin pretender encontrar en ellas respuestas a los problemas actuales. Es decir, hay que recuperar a nuestros clásicos, y aprovecharlos creativamente.

Lo que al final de cuentas resulta importante dentro de todo ello es la posibilidad de contar con una tradición de pensamiento que hay que valorar y a la cual es posible acudir.

La continuidad del pensamiento latinoamericano, pienso, se tiene que construir a pesar de las diferentes opciones ideológicas de sus intelectuales, precisamente.

